

# Misión de un escritor contemporáneo

Por ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO

PARA que un gran creador llegue a tener resonancia popular se requiere; primero, una aguda reflexión del que escribe antes de escoger los métodos que le servirán para comunicar su mensaje al pueblo. Segundo un promover, con el mayor entusiasmo, la educación de las clases populares para hacerles asequibles determinadas obras. Estas palabras parecen lugares comunes, pero su contenido es tan importante, que hay que repetirlas sin descanso, desentrañando cuidadosamente su significación. Me parece indiscutible que quien analice con cuidado estos dos requisitos, concluya, si es que intenta poseer una resonancia popular, en que la manera más notoria de influir a la gran masa consiste en crear una literatura no complicada. Y pienso que esto es lo fundamental porque la educación del pueblo, por importante que sea, es una labor complicadísima. Y basar la coordinación de la obra con el pueblo sólo en una futura educación de éste, me parece, a todas luces, erróneo. Como algunos lectores sabrán, he creado, en colaboración con Eduardo Lizalde, una teoría literaria, denominada Teoría Poeticista, en la que parece que se deja al margen lo social porque siendo una teoría que pretende, sobre todo, crear un tipo de poesía compleja, contradice el enunciado anterior de la sencillez.

Pero quiero hacer notar aquí que dicho olvido aparente, tiene como causa el hecho de que he deseado exponer aparte, mi opinión respecto a la función que debe tener el arte en general y el poeticismo en particular. El poeticismo podrá parecer, a primera vista, una teoría que olvida varios aspectos importantes del arte en la sociedad como son: el problema de la influencia del arte en la estructura social, el problema de la educación del pueblo al través del arte y, finalmente, el problema de si debe ponerse el arte a la altura de la masa.

Pero el poeticismo no olvida, en realidad, nada de esto. Y voy a explicar por qué. El poeticismo es una teoría que, dicho a grandes rasgos, intenta crear un arte notoriamente complejo, por una parte, y evidentemente claro, por otra.

Por complejidad entiende la reunión, en estrofas sintéticas, de la mayor cantidad posible de elementos que el escritor pueda aunar o, dicho de otra manera, el intento de trasladar al papel la total vida anímica. No sólo se interesa, en consecuencia, por lo real, sino también, tanto debido a que es importantísimo elemento creativo como una parte fundamental del hombre por la fantasía.

Entre estas dos “llamadas” poeticistas (una a la complejidad y otra a la claridad) existe en esta teoría un instrumento necesario para hacer que lo complejo no contradiga a lo claro, instrumento que ha recibido el nombre de Hermenéutica.

Desde el punto de vista de la claridad, quiero advertir que el **poeticismo** posee con esta Hermenéutica, un espléndido método para clarificar la expresión poética y, por tanto, para hacerla asequible, cuando menos potencialmente al pueblo.

Esto implica, como puede advertirse, una fe en que existe una cartesiana “razón común” que puede llegar a captar, si se propicia su desarrollo, la significación de un poema poeticista por complejo que sea, y esto implica también, por el hecho de sólo estar en potencia”, que la masa necesita una educación planificada metódicamente, un mostrarle la manera de entender el contenido de un poema creativamente complicado.

Hay poetas, sinceramente ocupados y preocupados por el problema social, que, a falta de un instrumento clarificador como la Hermenéutica, y encuadrándose en un tipo de poesía misteriosa, sutil y tradicional, no logran transmitir un mensaje nítido en sí, e incluso, no logran impedir que cualquiera de sus versos pueda ser devorado por las mandíbulas de lo anfibológico. Se podría argüir que estos poetas preocupados por la vida social, consiguen con mayor o menor precisión, comunicar generalmente su contenido lírico a un conjunto numeroso de lectores, porque pretenden expresarse, por lo mismo que desean influir en el pueblo, con la mayor claridad posible: pero la Hermenéutica logra realizar este deseo expuesto de una manera poco sistemática, ya que es un instrumento en el que, con un paciente estudio, se ha logrado borrar la confusión y lo neblinoso, el caos que

sirve, a una enorme serie de escritores, para realizar una farsa artística que sólo engaña a timoratos.

Dos sentidos podemos hallar en esa conveniente relación que debe existir entre el arte y el pueblo; uno es aquel que se refiere a pensar la manera de que la expresión literaria resulte comprensible en general para la mayoría de los lectores. Esto no quiere decir que el arte debe ser rebajado creativamente hasta llegar a ser un silabario captado por todos los lectores; no, esto significa crear una literatura inteligible, que esté en potencia de comprenderse.

Nosotros los poeticistas pensamos -ya que en la lucha por el bien social también debe haber una división del trabajo- influir indirectamente a la sociedad, indirectamente porque nuestra lucha está, creemos, en dar a los intelectuales y a los organizadores cultos de la sociedad un mensaje engarzado en una literatura creativamente ejemplar.

Esto no quiere decir que ignoramos el valor de una poesía fácil, comprensible en general; sino que opinamos que esta poesía no es atractiva para los intelectuales y los organizadores cultos de la sociedad que ya estén fatigados, por su misma cultura, de lo creativamente simple.

El segundo sentido de la relación entre el pueblo y el arte se refiere a un problema ético. ¿Qué tipo de mensaje debe servir de tema para el escritor contemporáneo? A esto se puede responder afirmando que hay dos clases de temas que no dañan a la sociedad: la primera es la que alude a la manera más

eficiente de resolver los dilemas de dicha sociedad y la segunda es la que se refiere al individuo y su circunstancia a los problemas personales que son, desde el punto de vista de la estructura social, expresiones que denotan cierto lujo; pero que no perjudican esencialmente a la estructura o a los nobles propósitos de mejoramiento de la comunidad.

Siempre he pensado que el quietismo (y estos temas personales podrían ser la correspondencia literaria de esta inactiva situación humana) es menos perjudicial que el extremo contrario, antitético, defendido por la filantropía social. Si un nombre golpea a una jovencita, el filántropo sería el que ayudara a la niña, el quietista el que se cruzara de manos y el enemigo de la sociedad el que prestara su ayuda al hombre para golpear a la niña indefensa. Este hombre que ayuda a golpear a la jovencita, tiene una estrecha semejanza con el escritor que daña a la sociedad con un mensaje negativo. Es verdad que puede tener una capacidad creativa increíble dicho escritor; pero socialmente es despreciable. El que ayuda a golpear a la niña puede también poseer un bello rostro o unos músculos bien desarrollados, pero “está golpeando a la niña”.

Yo pienso que, además de aquella cartesiana “razón común” de que hablábamos, existe una “general” estimación entre los hombres -si se quiere mal guiada, pero existente- que hace posible decir que hay una naturaleza humana. Es verdad que se puede argüir, con una lógica exacta pero sin contacto con la realidad, que ¿por qué hay que amar a nuestro

semejante, por qué no ayudar a golpear a la niña indefensa? Pero el que esto diga será, por no participar de la naturaleza común, un degenerado o un monstruo.

Por tanto, el tema que el escritor contemporáneo tiene que escoger, debe rehuir un tema negativo socialmente, para lanzarse a la busca, sobre todo de la solución de los grandes dilemas de la comunidad. Hay que pensar, por otra parte, que hay problemas aparentemente personales que tienen, en realidad, una gran consonancia con el pueblo. Cuando, por ejemplo, hablo del tema coincide con la vivencia de multitud de personas, Lo que nos hace ver que un problema personal, al tener una resonancia en un gran número de lectores, se vuelve un tema social. El amor, la vida, la muerte, etc., son temas de este tipo. Como éstos temas son esenciales al hombre, y una sociedad colectivista no puede prohibirlos sin peligro de convertirse en un régimen de esclavos, no creo que deban desdeñarse.

Podemos decir, para terminar, que estos temas personales pueden carecer de una directa importancia social -porque no se dirigen a mejorar la estructura de la sociedad- pero tienen un valor humano, en el sentido social, de mejorar algo, sino de poseer una resonancia en gran número de lectores. Si el tema social es de lucha, el otro, el personal, es de paz.

Mi posición como escritor contemporáneo consiste en tratar de ser, en este sentido, un poeta pacífico y

combatiente, porque creo que estas dos dimensiones pueden explicar mi temperamento.

El poeticismo nos coloca, es verdad, en una posición un poco difícil para ser comprendidos, por la complejidad creativa que tendemos alcanzar, mas esto proviene no de que en las obras poeticistas haya confusión o contradicciones, sino en que el enorme número de elementos obstaculiza la intelección al lector impreparado.

El poeticismo es tan amplio que, como la literatura, puede ser de “izquierda” o de “derecha”: pero, personalmente, considero una obra como poeticista, cuando, además de ser creativa y clara, posee mensaje que pueda beneficiar la estructura de la sociedad presente.

**Periódico Novedades**

**12 de abril de 1953.**